

entrevistas y Comentarios”, además del interesante trabajo sobre el paisaje en Ortega, destacan los artículos sobre «El oficio del intelectual en J. L. Aranguren» y «El individualismo y cosmopolitismo. El pensamiento filosófico de Javier Muguerza», dedicado a algunas de las posiciones éticas de Muguerza, su tránsito de la filosofía analítica al existencialismo, pasando por la Escuela de Frankfurt. También se subraya la vitalidad de su discurso filosófico y ético en nuestro país. En el artículo dedicado a Aranguren, se describe su papel de intelectual, uno de los más destacados de la primera parte del siglo XX, además de facilitar al lector un breve recorrido por su trayectoria intelectual y académica. Carlos Gómez resume con claridad las notas predominantes del oficio del intelectual en Aranguren: «la ejemplaridad en el desempeño de la profesión intere-rés por la vida pública, política y cultural en general y compromiso público con ella; ejercer de conciencia moral de la sociedad, procurando conectar con los sectores más progresivos de la misma y dar voz a los que no tienen voz» (p. 292). Y algunos de estos rasgos se observan en varios de los autores cuyos libros reseña Carlos Gómez en la última parte del libro, entre otros: Adela Cortina, considerada como «una de las filósofas más destacada de nuestro país en el ámbito de la filosofía práctica», y su estudio sobre la *Aporofobia. El rechazo al pobre: un desafío para la democracia*, que, entre otras cosas, ha tenido el mérito de acuñar una voz que pone nombre a una grave realidad, Victoria Camps y su comentario al libro *El gobierno de las emociones*, Fernando Savater y sus *Preguntas de la vida*, y Antonio García Santestanes, y su libro *Ética, Política y utopía*.

Tras la lectura del libro, el lector comprueba la verdad de lo que su autor advierte en la introducción. Sus reflexiones son: «re-llanos en un proceso argumentativo» que cada uno habrá de continuar por su cuenta y riesgo en tanto que sujetos éticos. Citando a Aristóteles «investigamos acerca del bien para en alguna medida saber cómo ponerlo en práctica» (p. 16). En definitiva, el libro que, a pesar de la diversidad de cuestiones y autores abordadas, guarda una unidad de planteamientos esenciales, aúna la riqueza

de contenido con la claridad en la forma, suscita múltiples interrogantes filosóficos morales que nos incitan a pensar cuestiones fundamentales. No es un mérito menos contar y dialogar con las advertencias de los filósofos de la sospecha, sin por ello renunciar a la esperanza y aspiración de un mundo mejor. Felicidades al autor y a la editorial por facilitar la lectura de diversos trabajos en una sola obra. – ALICIA VILLAR EZCURRA

LLEDÓ, E., *Fidelidad a Grecia*. Penguin Random House, Barcelona, 2020, 228 págs.

Este libro de Emilio Lledó contiene numerosas ideas que podrían reagruparse bajo un común denominador: la búsqueda de una verdad que sería un conjunto de consideraciones morales y de costumbres que el autor recrea desde los temas de Plutarco a los humanistas, como Erasmo, Vives o Montaigne hasta Diderot o Rousseau y figuras más cercanas como pueden ser Machado, Zambrano u Giner de los Ríos. En él, Lledó expresa su simpatía hacia Grecia como en otros textos de parecido espíritu. Los griegos nos enseñaron a pensar en nuestra manera de pensar, como decía W. H. Auden. Desde joven, Lledó se acercó a Platón, Aristóteles o Epicuro y también a Homero y Hesíodo, es decir, en el mundo clásico, para hablar del impulso hacia lo mejor, de la libertad para elegir.

Al hilo de los antiguos Lledó busca su réplica en otras letras como son las del racionalismo, las de Kant, el idealismo alemán, el existencialismo sin olvidar a escritores modernos en cuyos materiales ahonda para construir un ser propio con lengua y espacio mental personales desde dos perspectivas, la griega y la ilustrada con ramificaciones posteriores.

«Lo bello es difícil», comienza recordando Emilio Lledó, quien recuerda que la libertad de expresión no tiene nada que ver con que podamos decir lo que pensamos, sino con que podamos pensar lo que decimos. Los primeros textos en los que encontramos el sustantivo *mythos*, significa palabra, dicho, conversación. Este soplo de vida empezó a llenarse de deseos y sueños y se

cargó de contenidos en los que se roturaba el territorio de la imaginación. Los rapsodas cantaban las lágrimas de Aquiles, la constancia de Odiseo, la tristeza de Antígona... La *Iliada* y la *Odisea* fueron dos inmensos bloques de mitos y el cultivo de esos mitos fue abriendo al animal humano el dominio que le era propio. Para el filósofo, el amante de los mitos tiene que ser también amante del conocimiento, de la verdad, de la sabiduría. El mito es un paso previo en el camino del conocimiento. Enseña la libertad si no se impone por la fuerza. Las palabras abren camino con la *paideia* que es cultura. Y asombrarse es la distancia que nos permite entender: así se originó la filosofía, puntualiza Lledó. Todos los hombres tienden por naturaleza a mirar, a mirar sabiendo con los ojos del alma, levantando el sueño de los ideales hacia los que tendía otro de los grandes principios del mundo griego, la democracia. En otro momento supremo del ideal griego surgió la unidad de la belleza y la bondad, (*kalokagazía*: la belleza traslucía desde la bondad). Lo que en nuestro proceder significa actuar con decencia. El busto de la Venus de Medici nos descubre en el imposible abrazo de la vida el abrazo inagotable de la inmortalidad. Y la educación de la mirada es un antídoto necesario para el chisporroteo de crueldad y violencia de los llamados videojuegos donde los jóvenes son personajes no sólo pasivos sino activos en la visión de inacabables monstruosidades: teclean la frialdad, la indiferencia ante un imaginario aniquilar, suprimir, matar.

Entre las extraordinarias mujeres aparece una genial desconocida, de la que sabemos su existencia por el *Banquete*, de Platón. Su nombre es Diotima, que destaca entre todos los personajes femeninos que pueblan el Partenón ideal. Muchos siglos después aparece una Diotima luminosa y amorosa en el *Hiperión* de Hölderlin: se supone que fue ese nombre «músico y peregrino», también un invento de Platón. En boca de esta misteriosa mujer aparece la primera interpretación y teoría del Eros. «Diotima —recuerda Sócrates— me enseñó las cosas del eros». La extranjera cuenta además el origen de este dios o *daimon* que no es ni bueno ni malo, sino algo

—dice— intermedio entre los dioses y los humanos. Y precisamente en ese carácter de mediador radica la fuerza de Eros, que levanta en los mortales un impulso hacia la hermosura y el bien. El Eros nos hace salir de nosotros mismos, nos arranca de la soledad y nos inserta en un mundo distinto y perenne donde la individualidad se alza hasta la verdad y la belleza, «con que todo lo bueno está emparentado».

Sigue Lledó y aborda el pensamiento de Epicuro, que tropieza con serias dificultades pues sus ideas fueron sometidas a manipulaciones bajo la luz de un grosero materialismo, de una vulgaridad provocativa que contrastaba con la sutileza y las especulaciones de Platón y Aristóteles, por ejemplo. La persecución que experimentaron las propuestas epicúreas no eran sino el comienzo una serie de persecuciones que lo largo de la historia ha representado uno de sus más lamentables capítulos. La guerra —padre de todas las cosas, dijo Heráclito— podía manifestarse de múltiples formas. Algo revolucionario y conmovedor yacía en su mensaje (del epicureísmo): era el cuerpo humano con todas sus limitaciones pero al mismo tiempo con su capacidad de sentir y de pensar el único fundamento de la vida y la exclusiva fuente del existir. Y ello requería un giro copernicano que permitiese constituir ese cuerpo como principio regulador de los proyectos humanos. Pero esto nada tenía que ver con el supuesto materialismo atribuido a Epicuro. En primer lugar porque el materialismo no era un concepto negativo, sino la aceptación de las verdaderas condiciones de posibilidad de los hombres. Nada tenía sentido sin el cuerpo y por tanto su cuidado y defensa eran perspectivas esenciales para construir desde ellas un pensamiento humanista. El placer y el dolor eran dos manifestaciones corporales que nos transmitían la verdadera sabiduría de la naturaleza y su más clara lección de permanencia en el ser.

Paradójicamente, el epicureísmo apenas si tiene que ver con el cultivo de los placeres como se ha interpretado. La búsqueda del placer y del gozo en los límites normales de la existencia no es sino el principio liberador en el discurrir de la vida humana, que

ya encierra los inevitables momentos de sufrimiento y negación. Pero el principio del gozo es un principio que alienta y estimula la vida.

El epicureísmo es una teoría de la sabiduría que nos enseña a entender el gozo y el placer como marcas de nuestro bienestar que implican, al mismo tiempo, un *bien ser*, que es un elemento de equilibrio y libertad ante uno mismo. La ideología del tener está completamente alejada del epicureísmo entendido como una teoría del *ser*. Las inagotables posibilidades de adquirir y poseer ofrecidas por la sociedad de nuestros días acaban produciendo una atrofia de la sensibilidad y un agotamiento del cuerpo y de la inteligencia. La filosofía epicúrea fue revolucionaria porque intuyó el exceso y la enorme miseria a que tal exceso conducía: una atrofia creciente para los ideales de una democracia verdadera y un empobrecimiento de la capacidad de reflexionar, de entender, de idear.

Formas de vivir fueron las propuestas de los filósofos en el largo periodo del helenismo, sendero que tenía que ver con la organización de la convivencia y sus posibilidades para la felicidad, para el bien vivir. Así los vieron los filósofos griegos y concretamente Platón y Aristóteles, inmersos es ese espacio político que no era otra cosa que la necesidad de la solidaridad y la búsqueda de la justicia como forma suprema de hacerla posible. El «animal que habla» aristotélico abre la senda porque la esencia del convivir necesita de la comunicación, elemento estructurador de la *polis*. Un animal que habla porque convive, se comunica, entiende. Aristóteles, estimulado por los planteamientos platónicos, levantó un enorme edificio para acercarse a esta filosofía de las cosas humanas y construyó saberes que se desplazaban por territorios hasta entonces inexplorados: la lógica, la psicología, la poética, la metafísica, la ética, la política para preservar el bien del individuo y el de la ciudad.

Epicuro había nacido en el 342 a. C. en la isla de Samos. Sus senderos, considerados marginales e incorrectos, se abrieron paso hasta sus posibles lectores con una producción abundante y se rodeó de un

círculo de fieles amigos que le acompañarían toda la vida. Llegó a Atenas en el 306 y allí su casa, rodeada de un jardín, se convirtió en un espacio de sabiduría: mujeres, esclavos, niños, ancianos acudían al Jardín a escucharle para descubrir en qué consistía la felicidad desde las raíces sobre las que se levantaba cada vida individual. Epicuro intuyó que había que intensificar las relaciones con nosotros mismos antes de pensar en organizarnos como sociedad. Sus predecesores habían olvidado un principio esencial de toda felicidad y de de todo lo que sentimos, de toda sabiduría: el cuerpo humano y la mente que lo habitaba, a veces atemorizada y, por tanto, infeliz. Nuestro mundo exterior que nos constituye determina las interpretaciones de todo lo que sentimos, vemos y oímos. Hay en nosotros algo que se «anticipa» (término utilizado por Epicuro) a nuestra experiencia de los otros seres. «El fruto más importante de la autarquía es la libertad, una libertad por supuesto de poder pensar. Una libertad que no tiene que ver con que podamos decir lo que pensamos sino con que podamos pensar lo que decimos». Epicuro desarrolla, pues, una filosofía del «más acá». «Hermano, permanece fiel a la tierra», diría siglos después Nietzsche. El dualismo y la teología platónica que establecía un mundo superior y distinto, mundo de ideas ejemplares, quedaba reducido a una tarea mucho más modesta. Al recordar nuestra estructura carnal, lo principal era aceptar esa peculiar condición de nuestro ser y la verdadera democratización de la existencia. Nuestro cuerpo es, pues, el centro principal del *demos*, de la colectividad de otros cuerpos y otras existencias indigentes también como la nuestra. «La voz de la carne competir en felicidad con el mismo Zeus» (G. V., 33). Un programa modesto en el que se refleja, sin embargo, la fraternidad de nuestros deseos con la necesidad de la existencia. No tener hambre ni frío era el fundamento de esta democratización del cuerpo humano, fundamento a su vez de la posible felicidad. Programa quizá modesto pero que albergaba los principios de la igualdad a los que nadie podía renunciar. Epicuro sintió rechazo de la política de lujo e inmoderación que animalizaba a los

seres humanos y provocaba la miseria y el dolor. Entre las trampas que nos tienden los placeres de la suntuosidad Epicuro intuía la desorganización social, el engaño y la rueda de la injusticia, considera Lledó.

La decidida defensa del placer en muchos fragmentos epicúreos es consecuencia de ese revolucionario descubrimiento del cuerpo y de su bien. El placer y el dolor nos avisan continuamente de lo que nos conviene, grandes mensajeros que la naturaleza puso en nuestra vida; pero esa vida placentera, llena de sensatez e inteligencia «se enlazaba con la amistad convocándonos a todos para que despertemos en la felicidad» (G. V., 52).

La manipulación que la historia hizo de esa teoría del placer y del cuerpo fue una manera de desacreditar lo que había de revolucionario en el reconocimiento de la «sensación» como criterio esencial de la vida. Sensación que como principio de energía creadora llenaba nuestra mente de memoria e inteligencia conectándonos con el mundo y enriqueciendo nuestra experiencia de él. Este mundo lleno de átomos (Demócrito) construía lo visible: ese inacabable universo de lo que experimentamos y sentimos; un universo de posibilidad en el corazón mismo de la realidad.

Este espacio de átomos relativamente libres se manifestó en la ética de Epicuro con expresiones contra la hipocresía de los escandalizados dueños del poder político e ideológico, dueños también del gozo y el placer que sin embargo predicaban la dura e inamovible resignación y la tristeza para los pobres hijos del abandono social. Había que combatir el temor al dolor y la muerte ayudándose de la inteligencia y la serenidad frente a los que nos quitaban la alegría de vivir. Alegría como fuente de creatividad y de progreso.

La lectura de Epicuro nos devuelve el optimismo que brota de una inteligente mirada sobre la oculta felicidad. La *eudaimonía*, la felicidad, no consistirá en *tener más*, sino en *ser más*. Para ello Epicuro nos descubrió el gran ausente de esa reflexión sobre la vida feliz: el cuerpo, la verdadera vida de los latidos y la carne, de la serenidad y la amistad.

Cuando en nuestro tiempo la sociedad de consumo acaba por consumir el tiempo y los deseos y contribuye a la estupidización colectiva, Epicuro nos ofrece un inteligente consejo: «De los deseos, unos son naturales y necesarios, otros naturales pero no necesarios y otros, al fin, ni naturales ni necesarios, sino que provienen de opiniones sin sentido».

*Fidelidad a Grecia* nos pone en rumbo de lo que Lledó estima esencial y propio para la búsqueda de un equilibrio, una armonía, con los deseos de nuestra compleja corporeidad. Según tal teoría de la elemental felicidad, la serenidad y el bien que concede la buena consciencia de la paz consigo mismo y la generosidad y la solidaridad con los otros. No es fácil la construcción de este armónico edificio de la existencia individual. En el mundo de los fanatismos, las conscientes o inconscientes mentiras, puede sonar ridícula y melancólica la palabra felicidad. A pesar de todo, podríamos, dice Lledó, ser felices. La vida, el ser, el arte, la naturaleza, la amistad y el amor, los pequeños gozos cotidianos... constituyen hermosos rincones donde levantar el bienestar, el *bienser*.

El libro de Lledó nos invita a sumergirnos en sus diversos apartados o secciones: Lo bello es difícil, Fusión de luces, Pruebas de imprenta y Crónicas impacientes. Como dice en el prólogo Mauricio Jalón, las claras palabras de Emilio Lledó indican lo que mueve y conmueve nuestro cuerpo-alma. – JOSÉ MARÍA PUIG DE LA BELLACASA

IBÁÑEZ-MARTÍN, J. A., (ed.), *Reflexiones filosóficas sobre la actividad educativa*. Revista Española de Pedagogía, Logroño, 2016, 77 págs.

El presente libro es el primero de la colección de libros electrónicos editados por la *Revista Española de Pedagogía*, en los que se recogen un número variable de artículos publicados en la Revista sobre temas tratados en sus páginas en los últimos años.

En el primero de los cinco artículos que componen el libro, el profesor David Carr, de las Universidades de Birmingham y Edimburgo, trata el concepto de educación